

ROBERT B. MARKS

LOS ORÍGENES
DEL MUNDO MODERNO

UNA NUEVA VISIÓN

Traducción castellana de
Joan Lluís Riera

CRÍTICA
BARCELONA

enormemente a su conceptualización y a mantenerme en contacto con la crítica.

La ayuda más importante, sin embargo, la debo a mi esposa, Joyce P. Kaufman, también autora e intelectual (ha escrito sobre política exterior americana, sobre la OTAN, en torno a la mujer y sobre temas de género). Ella ha leído y criticado muchos borradores de esta obra, y sin su apoyo no podría haberla acabado.

Gracias a todos.

PREFACIO

12 de julio de 2006; norte de Israel, sur de Líbano. Tras construir un túnel en la frontera en el norte de Israel y sur de Líbano, miembros de una unidad de Hezbollah entraron en un puesto militar israelí, mataron a tres soldados y secuestraron a dos más. Israel tildó la acción de «acto de guerra», hizo responsable de la misma al estado de Líbano, y atacó las posiciones de Hezbollah pero también otras sospechosas de ser de Hezbollah en territorio libanés. Las tropas terrestres israelíes cruzaron pronto la frontera y avanzaron casi veinte millas hacia el norte, hacia el Río Litani, topando con unidades de Hezbollah a lo largo del camino y precipitando una grave crisis internacional. Más de mil ciudadanos libaneses e israelíes murieron como resultado de los mutuos ataques terrestres y de misiles.

Cuando la edición original, inglesa, de esta obra, acudía a las prensas (octubre de 2006), se clamaba por un alto el fuego, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas adoptaba una resolución para acabar la contienda y situaba una fuerza pacificadora de Naciones Unidas en el sur de Líbano.

Al margen de cómo acabe resolviéndose, esta crisis pone de relieve algunos de los aspectos más interesantes e importantes del mundo moderno, en particular nos dice algo sobre el sistema de los

de la revolución industrial deben considerarse provisionales. No obstante, a mi parecer, sólo puede comprenderse en un contexto global y ambiental.

Globalmente, las manufacturas textiles europeas de los siglos XVII y XVIII estaban en clara desventaja con respecto a sus competidores de India y China, cuyos calicós y sedas eran de mejor calidad y mucho más baratos que los textiles que ellos podían producir. La ayuda de un gobierno dispuesto a utilizar la fuerza y las armas para proteger a sus fabricantes, junto con la legislación colonial del Nuevo Mundo, permitieron a los fabricantes de algodón británicos desplazar los textiles de algodón de India y conseguir un mercado para sus propios productos y una fuente de materias primas baratas.

Desde un punto de vista ecológico, las economías del Viejo Mundo, y del antiguo régimen biológico, desde China hasta Inglaterra, comenzaban a sufrir la escasez de tierra. Un mercado mayor y la división del trabajo permitieron tanto a China como a Inglaterra, por ejemplo, arrancar una mayor eficiencia a las economías del antiguo régimen biológico, pero las necesidades básicas requerían más tierras para su abastecimiento. Sin carbón o sin colonias, los chinos se vieron forzados a invertir cada vez más fuerza de trabajo y capital en mejorar la producción de la tierra, mientras que los británicos quedaron liberados de esa restricción gracias a los recursos del Nuevo Mundo y a la disponibilidad y fácil acceso a sus minas de carbón.

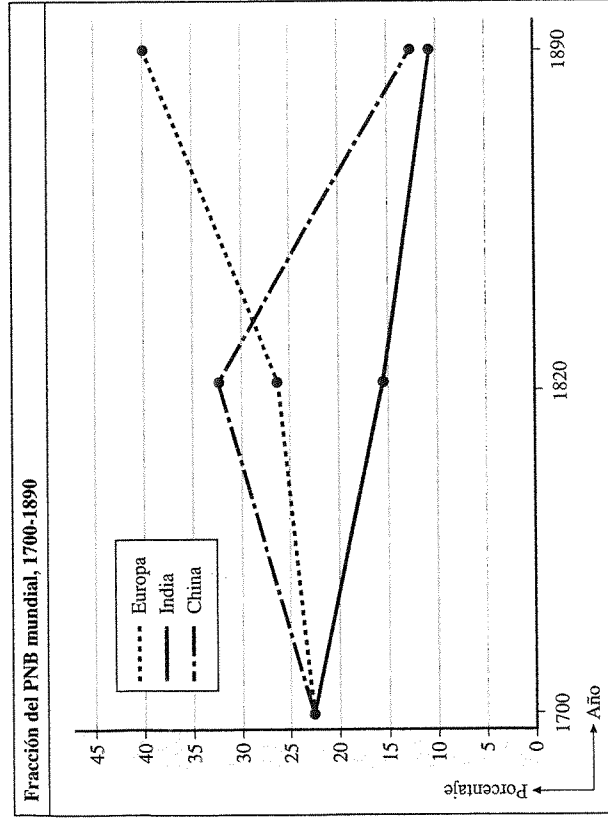
Sin duda los fabricantes e inventores británicos afrontaron con éxito los desafíos que se les plantearon, especialmente en cuanto a la minería del carbón y al desarrollo de la máquina de vapor, pero no hay razones para pensar que los chinos, los indios u otros pueblos con economías avanzadas del antiguo régimen biológico, como los japoneses, no habrían sido capaces también de resolver esos problemas de forma parecida. Sencillamente, no tenían colonias ni fácil acceso a las fuentes de carbón.⁴¹

Capítulo 5

LA BRECHA

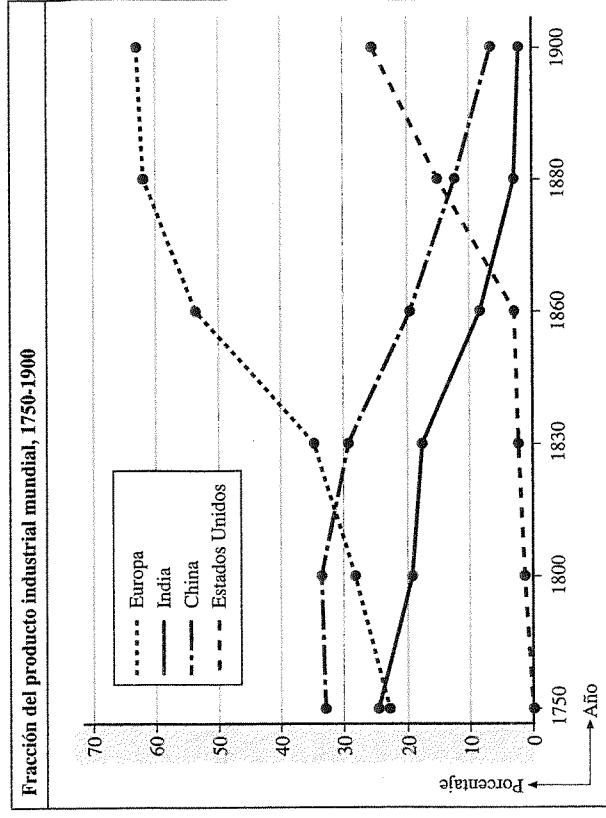
En el siglo XVIII, China, India y Europa —y probablemente también Japón, aunque no lo hemos tratado aquí— a grandes rasgos eran comparables en su grado de desarrollo económico, su nivel de vida y en la esperanza de vida de sus habitantes. Como puede verse en la figura 5.1, India, China y Europa contribuían con una fracción parecida, de alrededor del veintitrés por ciento, al producto nacional bruto (PNB)¹ mundial. Conjuntamente, estas tres partes del mundo daban cuenta del setenta por ciento de la actividad económica del mundo en 1700. La figura 5.2 da cuenta de una relación semejante: en 1750, China producía aproximadamente un treinta y tres por ciento de todos los bienes manufacturados del mundo, mientras que India y Europa contribuían cada uno con un veintitrés por ciento, arrojando un total de casi ochenta por ciento de la producción industrial mundial. En 1800, los porcentajes son semejantes, pero la fracción de India comienza a declinar mientras que la de Europa comienza a subir.

A principios del siglo XIX, sin embargo, las figuras 5.1 y 5.2 reflejan una situación bien distinta: las fracciones del PNB global y de la producción de manufacturas europeas comienzan a subir rápidamente, mientras que las chinas se estabilizan y luego caen a gran



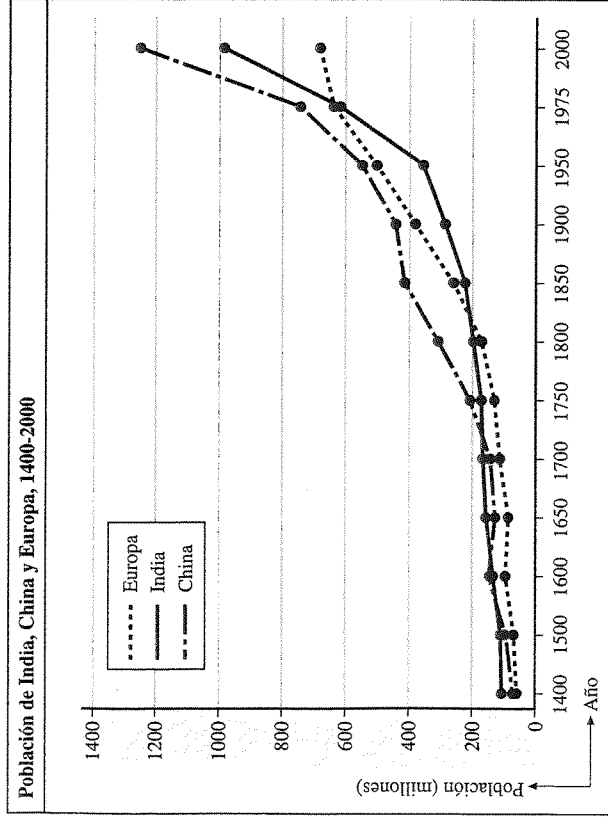
velocidad hacia el año 1900, al igual que las fracciones indias. En 1900, India apenas contribuía en un dos por ciento a la producción mundial de manufacturas y China alrededor de un siete por ciento, mientras que Europa alcanzaba un sesenta por ciento y Estados Unidos un veinte por ciento. En 1900, Europa y Estados Unidos daban cuenta conjuntamente del ochenta por ciento de toda la actividad industrial.

La figuras 5.1 y 5.2 trazan, pues, el curso de una gran inversión de las fortunas en la historia del mundo. Mientras que India y China poseían algo más de la mitad de la riqueza del mundo en el siglo XVIII, en 1900 ya habían pasado a formar parte de los países menos industrializados y más pobres. Su contribución al PNB global, sin embargo, no cayó tanto como su fracción de la producción industrial mundial debido principalmente a que su población continuó creciendo. De hecho, como muestra la figura 5.3, de 1750 a 1850, la población de China se disparó superando las poblaciones india y eu-



ropea, si bien hasta 1400 las tres habían sido más o menos comparables. Con una población cada vez mayor y con una menor creación de riqueza, los chinos y los indios se fueron empobreciendo relativamente durante el siglo XIX, en tanto que europeos y estadounidenses se fueron enriqueciendo. Además, como veremos, dado que ni China ni India se estaban industrializando, sus ciudades no podían acoger a sus crecientes poblaciones, de manera que se intensificó la pobreza rural.

Las gráficas muestran, por tanto, cómo durante el siglo XIX se abrió una enorme y creciente brecha entre Occidente y el resto del mundo, reflejado aquí por los ejemplos de India y China. «Explicar esta brecha, que iba a hacerse más grande con los años —comentó en una ocasión el eminente historiador Fernand Braudel—, equivale a abordar el problema esencial del estudio del mundo moderno.»² El propio Braudel era bastante humilde en cuanto a su propia habilidad para explicar «la brecha», pues reconocía que en el momento



en que escribía, a finales de los años setenta, se sabía más sobre la historia de Europa que sobre las historias de India, China o el resto de lo que ha dado en llamarse mundo «subdesarrollado» o «Tercer Mundo». Una cosa, sin embargo, le parecía clara: «[La] brecha entre Occidente y los otros continentes apareció *tarde en el tiempo* y atribuiría simplemente a la racionalización de la economía de mercado, como muchos de nuestros contemporáneos todavía parecen dispuestos a hacer, es obviamente una simplificación excesiva».³

Así Braudel señalaba su insatisfacción con las diversas explicaciones eurocéntricas de «la brecha» examinadas en el capítulo anterior. Concretamente, creía que las explicaciones que se fijaban sólo en la aparición y la «racionalización» de una economía de mercado en Europa pecaban de simplistas. En realidad, como se ha señalado en el capítulo anterior, China poseía una economía de mercado muy bien desarrollada en el siglo XVIII, si bien acabó situada en el margen perdedor de la creciente brecha. Este capítulo examina las razo-

nes por las cuales no sólo China e India, sino también la mayor parte del resto de Asia, África y América Latina, se empobrecieron cada vez más en relación con Europa y Estados Unidos en el transcurso del siglo XIX.

En este capítulo también veremos de qué manera el opio, las armas de fuego, las hambrunas provocadas por el fenómeno natural de El Niño y las nuevas tecnologías industriales favorecieron las empresas coloniales europeas, especialmente las relativas al ferrocarril, el telégrafo y la quinina. No recurriré a las diversas explicaciones eurocéntricas de la creciente riqueza y poder de Europa en relación con el resto del mundo, pues no hay prueba alguna de que los europeos fueran más inteligentes, tuvieran una cultura superior que sustentara o creara una economía industrial o fuesen mejores gestores de los recursos naturales y humanos que los chinos, los indios o, si se prefiere, los neoguineanos. Lo que sí tenían los europeos eran colonias que les suministraban grandes cantidades de energía «gratuita» (azúcar, algodón, madera, bacalao), y en el caso particular de Gran Bretaña, la buena fortuna de contar con depósitos de carbón bastante superficiales y cercanos a los centros urbanos e industriales necesitados de nuevas fuentes de energía después de haber agotado los bosques.

La historia del siglo XIX se centra especialmente en el proceso por el cual el mundo se dividió entre países desarrollados y subdesarrollados, ricos y pobres, industrializados y lo que se conoce como «Tercer Mundo».⁴ Naturalmente, desde la perspectiva ecológica utilizada en este libro, la brecha refleja también la división del mundo entre aquellas regiones que se mantuvieron en el antiguo régimen biológico —y se empobrecieron cada vez más— y aquellas que comenzaron a escapar de los límites que el antiguo régimen biológico imponía a la producción material tanto industrial como agrícola. Además, la brecha que surgió en el siglo XIX no se abría únicamente entre regiones, sino también en el seno de las mismas sociedades que venimos analizando. La industria no produjo rique-

za y poder para algunas naciones sino para algunos de sus nacionales: los propietarios de los nuevos medios de producción. Por otro lado, a los mineros y los obreros de las fábricas, la industria les ofrecía nuevos empleos, pero también nuevas formas de trabajo, experiencias urbanas y formas de pobreza. Las mujeres y los niños pasaron a formar una parte importante de la nueva fuerza de trabajo industrial, sobre todo en la industria textil, pero también en las minas de carbón: fuera de sus casas aquellas mujeres se situaron en un escenario histórico donde sus voces podían oírse con más claridad.

EL OPIO Y EL CAPITALISMO GLOBAL

Este relato de los orígenes del mundo moderno comenzó a principios del siglo xv con la demanda de plata que China necesitaba para su economía, metal que, juntamente con la plata india, constituyó la principal fuente de riqueza y producción industrial en los primeros tiempos del mundo moderno. La demanda de plata en China puso en movimiento una serie de desarrollos que condujeron, de forma casi ineluctable, a la mayoría de los principales acontecimientos discutidos hasta el momento en este libro. Sin la demanda de plata en China, es justo decir que el papel de Europa en la economía del mundo habría sido mucho menos importante. Tal como se desarrollaron las cosas, la demanda de plata en China y el suministro de plata hallado en el Nuevo Mundo permitieron a los europeos enriquecerse al darles acceso a los bienes y las redes comerciales de Asia.

De manera semejante, en el siglo xix, la demanda china de otro producto, en esta ocasión una droga adictiva, el opio, desempeñó también un papel importante en la estructuración de la economía mundial. Obviamente la importación y el consumo de opio no tuvo sobre la economía china los efectos positivos que cuatrocientos años antes había tenido la importación de plata. La demanda de

opio estaba impulsada por las necesidades de cuarenta millones de consumidores adictos, no por las necesidades del estado para salvar su economía. En cualquier caso, la demanda de opio en China durante el siglo xix estimuló la actividad económica mundial.

Pese a la derrota que infligieron los británicos a China en la primera guerra del opio (1839-1842), Gran Bretaña no forzó a China a legalizar la venta y la distribución de opio. No obstante, la nueva posesión colonial británica, Hong Kong, le brindó una oportuna base de operaciones libre del acoso de los chinos. Durante las dos décadas siguientes, Hong Kong se convirtió en el centro neurálgico del tráfico de droga británico. Las compañías comerciales británicas importaban unos cincuenta mil cofres de opio al año, unos tres millones de kilos, destinados a la venta a los clientes chinos.

A medida que el opio entraba en China, la plata salía y se creaban vastas fortunas no sólo en Inglaterra sino también en Estados Unidos. Tras la independencia americana, los barcos mercantes de Estados Unidos comenzaron de inmediato a competir con los mercantes británicos en aguas asiáticas; el primer barco estadounidense llegó a China en 1784, tan sólo un año después de la independencia. A principios del siglo xix, los estadounidenses estaban íntimamente involucrados en el comercio del opio, en concreto a través de la compañía Russell, que obtenían en Turquía, mientras que los británicos mantenían el monopolio del opio indio. Los beneficios derivados del comercio del opio se destinaron parcialmente a donaciones a favor de destacadas universidades de la costa este de Estados Unidos, engrosaron las fortunas de las familias Peabody de Boston —de ahí el Museo Peabody— y Roosevelt de Nueva York y facilitaron el capital necesario para el desarrollo del teléfono por Alexander Graham Bell. (Véase el mapa 5.1.)

Tras la segunda guerra del opio con China (1858-1860, también llamada guerra del Arrow, por un navío inglés del mismo nombre), los británicos obligaron a China a legalizar la venta de opio. Se abrieron así más mercados para la droga en China, pero Hong Kong

fue perdiendo su posición central porque los navíos británicos y estadounidenses comenzaron a comerciar directamente en los puertos chinos abiertos al mercado. A medida que se desarrollaron nuevas fuentes de opio en India y también allí se abrieron mercados, los comerciantes persas, indios y chinos fueron entrando en el negocio. En la década de 1870, los propios chinos comenzaron a cultivar la adormidera y a manufacturar opio, sobre todo en las provincias del interior que con anterioridad se habían mantenido mal conectadas con el floreciente comercio de las zonas costeras. Curiosamente, esta «sustitución de importaciones» se produjo en muchos de los mismos lugares en que anteriormente los campesinos chinos habían decidido libremente cultivar algodón. En muchos de estos lugares, el cultivo comercial de la adormidera creció a expensas de las tierras dedicadas a cultivos de alimentos, de modo que los campesinos disponían entonces de mayores ingresos monetarios, pero a costa de un riesgo mayor de que fallaran sus suministros de alimentos.

A finales de siglo XIX, en China entraba o se producía tanto opio que el diez por ciento de su población, unos cuarenta millones de personas, eran consumidores, y la mitad, «fumadores empedernidos». A principios del siglo XX, China consumía el noventa y cinco por ciento de la oferta mundial de opio, cuyos efectos sociales, económicos y políticos fueron fáciles de predecir.⁵ Prácticamente cada ciudad tenía su fumadero y la venta y el uso del opio habían penetrado en la propia urdimbre de la vida diaria de los chinos. Aunque el hábito de fumar opio había comenzado en las élites, se convirtió en un artículo de consumo más. De hecho, ya bien entrado el siglo XX, el cultivo de la adormidera y el procesamiento del opio en China continuaban proporcionando rentas a los gobiernos y una fuente de ingresos a los campesinos.⁶

Después de examinar lo acaecido en India y el proceso de industrialización en Europa, volveremos a considerar la gran importancia que tuvo el consumo de opio en China para la economía mundial de finales del siglo XIX. Por el momento, baste con observar

que si bien los chinos tienen una parte de responsabilidad por permitir que la plaga de la droga cayera sobre ellos, fueron los cañones británicos los que abrieron las puertas a la droga; después China e India adoptaron sus propios y peculiares papeles en la economía global como productores y consumidores de opio.

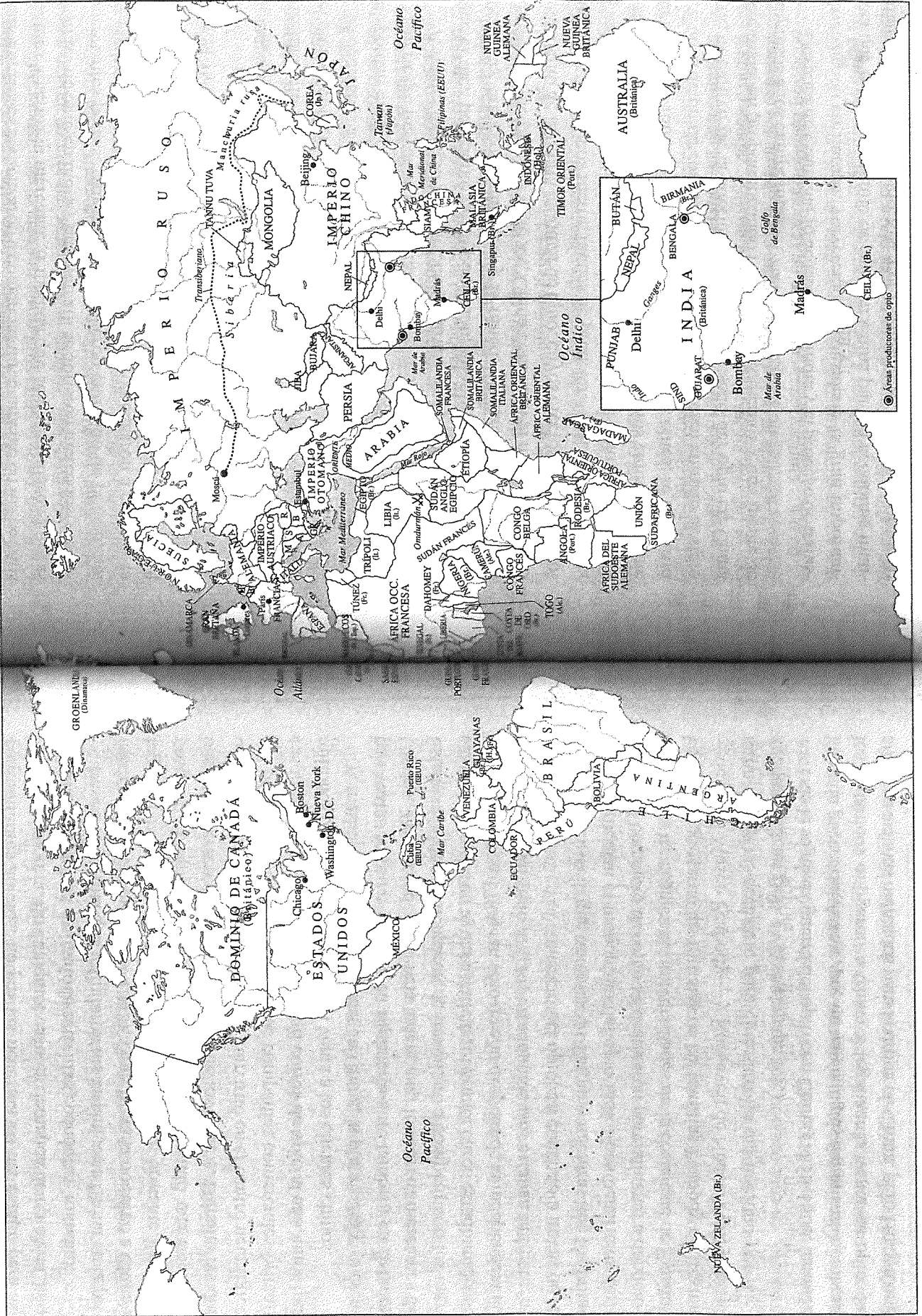
India

La mayor parte del opio consumido en China provenía de India, donde las políticas coloniales británicas combinadas con la demanda china de esa droga habían generado una industria agrícola para la exportación. El opio producido en India se convirtió en una de sus principales exportaciones en el siglo XIX, en un proceso que forma parte de una historia más amplia de la transformación de India de ser uno de los principales centros industriales del mundo en los siglos XVII y XVIII a ser una economía eminentemente agrícola a mediados del siglo XIX. De hecho, la industria textil del algodón en India estaba tan acabada en la década de 1820 que todos los historiadores hablan de un proceso de «desindustrialización» de India, aunque continúan debatiendo sus causas.

Como hemos tenido ocasión de observar en capítulos anteriores, los bienes de algodón producidos en India gozaban de un mercado mundial, pues tanto africanos como europeos e incluso esclavos americanos compraban y vestían tejidos indios. A principios del siglo XVIII, como ya hemos visto, los británicos levantaron barreras al comercio para impedir la entrada de los tejidos indios. Estos, sin embargo, encontraron otros mercados, de manera que los distritos textiles de Bengala, Madrás y otras ciudades continuaron ocupados en la producción textil destinada al mercado global. Pero dos acontecimientos cambiaron este panorama.

En primer lugar, en 1757, la Compañía Británica de las Indias Orientales (EIC) adquirió su primera plaza colonial en Bengala y,

5.1 El mundo en torno a 1900



en 1765, obtuvo del derecho a recaudar impuestos en casi todas las tierras de Bengala. Este éxito inesperado proporcionó a la compañía privada EIC ingresos que utilizó para incrementar sus compras de textiles indios y para algo más ominoso: armar y pagar su propio ejército de *sepoys*, indios alistados en una tropa comandada por oficiales británicos. La EIC se sirvió de ese ejército para extender su control a otras regiones de India. El caos político en India, las maniobras para hacerse con el poder de sus príncipes, el poder incierto pero sin duda en declive del emperador mogol y las ambiciones de los príncipes guerreros hindúes crearon un clima en el que las intrigas de la EIC, que actuaba respaldada por su ejército, hicieron que terminara dominando la mayor parte de los territorios indios en la década de 1830. Más guerras, costosas y a gran escala, dieron a la EIC el control de las regiones de Punjab y Sind —en 1947 constituirían Pakistán—. A mediados del siglo XIX, los británicos ya habían colonizado la India.

En segundo lugar, la revolución industrial produjo una gran reducción de los costes de los bienes fabricados en Gran Bretaña, concretamente de los tejidos de algodón, que no sólo comenzaron a ganar una cuota en el mercado mundial a costa de los tejidos indios, gracias a sus precios más bajos, sino que la propia India se convirtió en un importante mercado para los tejidos de algodón británicos. Mientras que en el siglo XVIII los aranceles británicos habían impedido la entrada de los tejidos indios en Inglaterra, la política colonial británica en India eliminó las barreras arancelarias contra los tejidos manufacturados en Gran Bretaña. Con precios más bajos, las manufacturas textiles británicas inundaron el mercado indio. Entre 1800 y 1810, la producción y la exportación de tejidos de algodón indio siguió cayendo mientras la importación de manufacturas británicas a India crecía. En 1820, millones de tejedores indios habían perdido su trabajo, sus telares habían quedado en silencio y sus casas vacías: «En 1833, el proceso de “desindustrialización” de Bengala ... había llegado bastante lejos. India había perdido un gran

arte y los artesanos habían perdido su empleo. El huso de las mujeres ya casi nunca giraba en el suelo cubierto de algodón».⁷

En lugar de exportar bienes acabados, India comenzó a exportar algodón en rama, primero a China y más tarde a Inglaterra. Los antiguos tejedores de algodón emigraron o cambiaron de oficio; muchos se dedicaron a la agricultura y tuvieron que cultivar algún producto que pudiera venderse, pues la Compañía Británica de las Indias Orientales (EIC) recaudaba impuestos en dinero, no en arroz o algodón. En consecuencia, tanto los nuevos campesinos indios como los antiguos cultivaron productos de fácil comercio como el índigo, la caña de azúcar, el algodón y las adormideras con que se preparaba el opio. Así la «ruralización de India» ya se había completado.

Quizá esta historia del declive de India hasta lo que hoy llamamos un país tercermundista —un país que produce materias primas para exportarlas y así poder importar bienes fabricados en el mundo «desarrollado», quedando de este modo atrapado en el «subdesarrollo»— parezca una historia puramente «económica», pero no es así. Muy al contrario, fue un proceso planeado por Gran Bretaña, especialmente después de que el monopolio de la EIC sobre el comercio en Asia fuera abolido en favor de los principios del libre mercado defendidos originariamente por Adam Smith en 1776 en su célebre obra *La riqueza de las naciones*.

En combinación con el concepto de «ventaja competitiva» que debemos a David Ricardo, los principios de libre mercado y mínima intervención del gobierno en la economía se utilizaron con el propósito de transformar India en un productor de alimentos y materias primas para la exportación. Abolidos los aranceles, obviamente el gobierno colonial no haría nada para proteger a los tejedores de algodón ni para promover una política de industrialización que resultaría «excesiva» y competiría con la industria británica y, desde luego, los mercados «libres» se asegurarían de que la India enviase a Gran Bretaña alimentos y materias primas, y de que los

indios comprasen productos industriales británicos. De hecho, desde mediados del siglo XIX, India consumió de manera regular de un veintinco a un treinta y cinco por ciento de las exportaciones británicas.⁸ Los principios de «libre mercado» aplicados por el gobierno colonial empujaron a la India a convertirse en un país del Tercer Mundo. Veremos más adelante en este capítulo de qué modo esta situación, junto con los efectos de las sequías de El Niño, completó la transición de India a una nación del Tercer Mundo.

Baste con decir aquí que la desindustrialización de India, unida a la demanda de opio en China, proporcionó a los británicos y a su sistema capitalista global inmensos réditos. Tan grandes fueron los beneficios derivados del opio que se invirtieron los patrones de la estructura entera del comercio mundial. De 1500 a 1800, los europeos habían logrado acceder al comercio asiático gracias a la plata del Nuevo Mundo que había fluído en grandes cantidades de India a China, pero el opio inclinó esa corriente en el sentido opuesto y la plata terminó fluyendo hacia manos británicas. Sin el opio, sostiene el historiador Carl Trocki, «seguramente no habría existido un imperio británico».⁹

LA INDUSTRIALIZACIÓN EN OTROS LUGARES

Al ser el primer país en industrializarse y en aplicar los frutos de la industrialización a sus ejércitos, Gran Bretaña se impuso como la nación más poderosa del mundo y, mientras mantuvo su liderazgo industrial, su poder militar también fue indiscutible. En 1830, Gran Bretaña tenía *de facto* el monopolio de la producción industrial de hierro, motores de vapor y textiles, del que se sirvió para vender sus productos en todo el planeta y construir el mayor imperio del mundo que, además de India, comprendía también otras partes de Asia. Su posición suprema lo llevó a levantar las barreras arancelarias a la importación de alimentos y otras materias primas con el fin de

extender su sistema industrial a un ritmo todavía más rápido. Como ya hemos visto para el caso de India, el «libre mercado» global se convirtió en el programa de acción británico. Pero si la imposición de los principios de «libre mercado» habían contribuido a la tercermundialización de India, Gran Bretaña no pudo hacer lo mismo con otros países europeos ni con su antigua colonia, Estados Unidos.

El sistema europeo de estados, definido como estaba por la frecuencia de guerras entre estados europeos y, desde su independencia, también Estados Unidos, impulsó la competitividad a fin de seguir el ejemplo de Gran Bretaña, especialmente en la búsqueda de nuevas posesiones coloniales. A medida que crecía el imperio ultramarino británico, otros estados europeos intentaban desesperadamente mejorar sus ejércitos para competir en Asia, África y América Latina. Por mucho que los británicos intentaron impedir la transferencia o la exportación de sus tecnologías industriales, Francia, Estados Unidos y Alemania pronto comenzaron a industrializarse. Y en la segunda mitad del siglo XIX, otros dos países, Rusia y Japón, iniciaron un rápido proceso de industrialización, motivado en gran medida por el deseo de mantener su independencia de los países europeos occidentales. Si la industrialización de Gran Bretaña había surgido en una coyuntura de fuerzas que nadie podía haber predicho, una vez se produjo, sus resultados podían ser fácilmente reproducidos, con una adecuada planificación, por gobiernos fuertes obligados a competir con Gran Bretaña y entre sí. Así pues, salvo contadas excepciones, el estado desempeñó un importante papel en la industrialización de otros países.

Francia

Ya en los primeros estadios de la industrialización de Gran Bretaña, el gobierno francés y otros gobiernos intentaron acceder al saber hacer industrial de Gran Bretaña robando información, chanta-

jeando a fabricantes o contratando a industriales británicos. De este modo comenzó Francia su industrialización de textiles, hierro y acero, pero atravesó graves dificultades por la falta de depósitos de carbón grandes y fáciles de minar, por las revueltas revolucionarias y guerras periódicas (1789-1815, 1848-1851 y 1870-1871) y por una agricultura relativamente poco avanzada. No obstante, la decisión que tomó el gobierno francés en 1842 de construir un sistema nacional de ferrocarriles —cuya red se terminó de construir en la década de 1860— espoleó la industrialización francesa. A diferencia de Inglaterra, donde eran de propiedad privada, en Francia el gobierno proporcionó el capital para construir ferrocarriles y después los privatizó mediante concesiones a noventa años. Estimulados por un mercado nacional que el ferrocarril había hecho posible, otros sectores de la economía francesa también se industrializaron o, al menos, se normalizaron. Con todo, Francia siguió siendo mucho menos capaz de fabricar productos industriales, de manera que quedó en desventaja respecto a Gran Bretaña y otros países a medida que éstos fueron industrializándose.

Estados Unidos

La industrialización estadounidense se centró en el noreste y en el valle del río Ohio y, al igual que en Gran Bretaña, no se basó en la iniciativa pública sino mayoritariamente en capital privado. Los textiles fueron una de las primeras actividades en industrializarse, de manera que Nueva Inglaterra, abastecida por el algodón en rama de las plantaciones sureñas trabajadas por esclavos, pronto compitió con los textiles británicos tanto en Estados Unidos como en el mercado mundial. El estado aplicó aranceles para proteger a la joven industria estadounidense y la banca de Estados Unidos facilitó el capital necesario para la construcción de canales y ferrocarriles. A partir de la década de 1830, comenzaron a construirse líneas lo-

cales de ferrocarriles, y cuarenta años después, el ferrocarril transcontinental atravesaba toda la nación, de manera que la demanda de hierro, acero y locomotoras de vapor fue enorme. La guerra de Secesión (1860-1865) espoleó la industrialización del norte y, como veremos más adelante en este capítulo, contribuyó a la producción industrial de armas y a configurar un sistema militar más industrial.

Los estadounidenses también fueron pioneros en la aplicación de la industria a la agricultura. Mientras los británicos permitían que su sector agrícola se marchitara y prefirieron importar comida barata de Europa Oriental, Irlanda y Estados Unidos, y mientras los campesinos franceses se aferraban tenazmente a sus minúsculas propiedades debido al recuerdo de la Revolución de 1789, actitud que dificultó la compra y la utilización de maquinaria agrícola moderna hasta bastante después del final de la segunda guerra mundial, en 1945, Estados Unidos tenía grandes llanuras y poca mano de obra para trabajarlas. Las segadoras y cosechadoras tiradas por caballos primero y más tarde impulsadas por motores de vapor, que construía en Chicago el magnate Cyrus McCormick, produjeron tal excedente agrícola que Estados Unidos se convirtió en uno de los mayores exportadores de alimentos al mercado mundial y continúa siéndolo hoy.

Alemania

A diferencia de Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia, Alemania no se unificó hasta 1870 en un único estado sino que estaba dividida en numerosos principados, cada uno con su propio dirigente pero con un lenguaje común que a la larga sirvió de base para la unidad nacional. Esta desunión política dificultó los esfuerzos de Alemania por industrializarse. De hecho, la falta de un estado único impidió que la industria textil alemana gozara de protección arancelaria frente a las importaciones británicas, lo que condujo a la

destrucción de la producción textil alemana hacia la década de 1830. La unión de las aduanas en esa misma década, seguida de la abolición de la servidumbre en la década de 1840 y la construcción de ferrocarriles en la década de 1850, proporcionaron la unidad suficiente para que comenzara la industrialización de algunas áreas, en particular el valle del Ruhr, rico en carbón y hierro.

Al industrializarse más tarde que Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, Alemania partía con una desventaja competitiva y no pudo hacerlo siguiendo el mismo proceso (es decir, de los productos textiles al hierro y el acero). Así pues, tras su unificación, que tuvo lugar en 1870, Alemania centró sus esfuerzos en la industria pesada (hierro y acero) para sustentar su programa nacional de ferrocarriles y apoyar el crecimiento de su ejército. El desarrollo del proceso Bessemer para la producción de acero, unido a las innovaciones introducidas en la gestión de negocios a gran escala promovidas por la metalurgia Krupp y la fabricación de armamento, promovieron una rápida industrialización de Alemania en las décadas de 1870 y 1880. Además, los alemanes vincularon sus universidades a la investigación industrial, lo que dio como resultado nuevas industrias químicas y eléctricas, la primera aplicación explícita de la ciencia al desarrollo industrial.

Rusia

En la lista de países europeos con mayores obstáculos para industrializarse, Rusia iba a la cabeza. Profundamente rural, sus campesinos habían sido siervos de los nobles propietarios de la tierra hasta que tuvo lugar su emancipación a principios de la década de 1860, proceso que condujo a una nueva forma de sociedad rural en la que los nobles todavía eran los dueños de la tierra y los antiguos siervos les pagaban rentas por trabajarlas. Durante siglos, Rusia había exportado cereales a Europa occidental y había importado ar-

tículos de lujo que consumía la nobleza rusa. Rusia poseía también grandes recursos naturales (bosques, carbón, mineral de hierro) que atrajeron a inversores de Europa occidental, quienes los extraían para venderlos a los países en proceso de industrialización. Pese a tener un gran ejército y ser considerada una de las «potencias» de Europa, debido a su tamaño y población, en el siglo XIX comenzaba a adquirir características propias del Tercer Mundo: exportaba alimentos y materias primas, apenas contaba con industria e importaba bienes manufacturados.

Todo esto comenzó a cambiar en la década de 1880, cuando el Ministerio de Finanzas, encabezado enérgicamente desde 1892 por el conde Serguéi Witte, inició un ambicioso programa de construcción de ferrocarriles seguido de industria pesada (carbón, hierro, acero y petróleo). Rusia, que contaba con menos de mil doscientos kilómetros de líneas férreas en 1860, en 1894 ya tenía treinta y tres mil seiscientos, y en 1900 casi alcanzó los cincuenta y ocho mil kilómetros, cuyas largas líneas se dirigían al este hacia Siberia, enlazando esa vasta región y sus enormes recursos con las regiones más industrializadas y necesitadas de ellos del país. Al igual que en Alemania y Francia, fue el gobierno ruso, y no el capital privado, el que desempeñó el papel principal en los primeros estadios de la industrialización de Rusia, mediante la creación de bancos, la contratación de ingenieros extranjeros y la imposición de altas barreras arancelarias a fin de proteger a su nueva industria de la competencia exterior.

El conde Witte tenía muy claras sus razones para emprender la rápida industrialización de Rusia: evitar relaciones de sesgo colonial con Europa occidental.

Rusia es aún hoy un país esencialmente agrícola. Paga sus obligaciones con el extranjero exportando materias primas, sobre todo agrícolas y principalmente cereales. Satisface su demanda de bienes manufacturados importándolos del extranjero. Las relaciones eco-

nómicas de Rusia con Europa occidental son de todo punto comparables con las relaciones de los países coloniales con sus metrópolis. Estas últimas consideran a sus colonias mercados ventajosos en los que vender libremente los productos de su trabajo y su industria y de los que pueden extraer con mano poderosa las materias primas que necesitan.

Pero Rusia no iba a convertirse en una semicolonias, argumentaba Witte, porque «Rusia es un poder independiente y fuerte ... Debe ser una metrópoli [es decir, un poder colonial]».¹⁰

Japón

A diferencia de Rusia, Japón apenas tenía los recursos naturales necesarios para una economía industrial, concretamente carbón y mineral de hierro. Además, a mediados del siglo XIX todavía seguía una política de «país cerrado» implantada doscientos años antes. La entrada del comodoro estadounidense Matthew Perry en la bahía de Tokio, en 1853, para exigir a Japón que se abriera al comercio internacional normal («o, en caso contrario...») fue un golpe terrible para los dirigentes japoneses. Sabiendo lo que había ocurrido en China a manos de los ingleses con la guerra del opio, los dirigentes de Japón decidieron negociar para abrirse a Occidente, lo que llevó a un mayor comercio y contacto entre japoneses y occidentales, pero también a la caída del antiguo régimen en 1868.

El régimen que lo reemplazó fue la era denominada Meiji por el título de reinado de su nuevo y jovencísimo emperador Meiji (reinó de 1868 a 1912), quien tras unos principios renqueantes se propuso dismantelar el antiguo régimen feudal para establecer en su lugar un estado fuerte y centralizado que se arrogó la tarea de industrializar Japón después de que el capital privado no se aviniera a afrontar el reto. Pero con pocos recursos naturales y con unos aranceles limitados por los tratados impuestos por Estados Unidos, la indus-

trialización de Japón siguió una vía peculiar. Como para poder importar materias primas primero tenía que exportar, Japón recurrió a su industria de la seda, mecanizando los procesos hasta donde fuera posible para vender en el mercado mundial, arrebataando la cuota de mercado de chinos y franceses. En la década de 1880 y, sobre todo, en la década de 1890, Japón desarrolló una industria textil del algodón, dirigida también a la exportación con el fin de adquirir las divisas con las que comprar materias primas industriales (coque de carbón y mineral de hierro) para servir a una industria pesada fuertemente ligada a las necesidades de su ejército. Para competir en mercados mundiales de textiles, Japón mantenía muy bajos los salarios de sus trabajadores, empleaba a muchas niñas y mujeres y había prohibido los sindicatos de trabajadores.

Esta estrategia obtuvo sus buenos dividendos. Su ejército fue lo bastante fuerte como para derrotar a China en una guerra que tuvo lugar de 1894 a 1895 y, una década más tarde, a Rusia. Reconociendo la potencia militar en que Japón se había convertido, Gran Bretaña firmó en 1902 un pacto militar con Japón y en 1911 las potencias occidentales rescindieron los tratados desiguales que habían limitado la capacidad del país para controlar sus propios aranceles. En 1910, Japón poseía ya la capacidad industrial y el saber hacer tecnológico para producir el mayor navío de guerra del mundo, el *Satsuma*. Mientras China e India continuaban su declive respecto a Occidente, la industrialización de Japón en 1900 era una señal temprana de que Occidente no continuaría dominando el mundo mediante el monopolio de la producción industrial y de que pronto comenzarían a verse las antiguas pautas de vitalidad asiática.

Como este breve repaso deja entrever, uno de los requisitos para la industrialización era un fuerte estado decidido a crear los principales requisitos materiales para hacerse con un ejército poderoso. Por razones distintas y en diferentes momentos, Francia, Alemania, Rusia y Japón lograron construir estados fuertes. Aquellas zonas del mundo cuyos estados eran débiles (por ejemplo, casi toda Amé-

rica Latina y el imperio otomano), se estaban debilitando (China) o habían sido colonizados (India, la mayor parte del sureste asiático y, como veremos, África) e incluso pueblos sin estado que pertenecían a imperios de los que pretendían independizarse (lo analizaremos a continuación), estaban condenados a permanecer en el antiguo régimen biológico y su máxima aspiración se limitaba a la capacidad de exportación de materias primas o alimentos al mundo industrializado.

LA NUEVA DINÁMICA DEL MUNDO INDUSTRIAL

En 1900, un ochenta por ciento de la producción industrial mundial procedía de Europa y Estados Unidos, Japón aportaba otro diez por ciento, China contribuía con un siete por ciento e India con un dos por ciento, suma que da un total de noventa y nueve por ciento de toda la producción industrial. Así pues, en los cien años transcurridos de 1800 a 1900, la situación se había invertido, de manera que Europa y Estados Unidos habían pasado a ocupar el lugar de honor que anteriormente habían ocupado India y China. Parte de la inmensa brecha abierta entre las regiones más ricas y las regiones más pobres puede explicarse, por tanto, por la industrialización y la liberación de algunas partes del mundo (en Europa, Estados Unidos y Japón) de las restricciones impuestas por el antiguo régimen biológico. Por supuesto, es más correcto decir que la producción industrial procedía de determinadas regiones, no de países enteros: partes de Nueva Inglaterra en Estados Unidos, Renania en Alemania, Mirlán en el norte de Italia, etcétera, pues incluso dentro de los países que se industrializaban seguía habiendo regiones empobrecidas.

En el antiguo régimen biológico, el tamaño y la calidad de las cosechas agrícolas determinaba la salud económica, la riqueza y el bienestar de la sociedad: cuanto mayor era la cosecha, había más alimentos, los salarios eran más bajos, la industria más competitiva,

etcétera. Y, naturalmente, también al contrario. Aunque el clima y sus caprichos tenían sin duda un gran impacto en la agricultura, el ingenio humano, la organización social y el trabajo duro podían minimizar los efectos climáticos adversos. Aun así, el antiguo régimen biológico marcaba el ritmo al que bailaban las economías agrarias.

No ocurría ni ocurre lo mismo en las nuevas economías industriales. Tras escapar a las restricciones del antiguo régimen biológico y a su dinámica, las nuevas economías industriales entraban en aguas ignotas que se fueron haciendo más inciertas a medida que Europa se industrializaba. Así, en el siglo XIX, el mundo industrial comenzó a experimentar un nuevo tipo de regulador de la actividad económica: la expansión y la quiebra. A medida que se iban consiguiendo más y más fábricas para producir los mismos bienes, especialmente en distintos países, había ocasiones en que la oferta global superaba sobradamente la demanda, provocando una caída de los precios a fin de reducir las existencias. Para bajar los precios, los competidores recortaban los salarios, lo que deprimía todavía más la demanda, al menos de los bienes de consumo, y provocaba una «recesión» o, dependiendo de lo que durara, una «depresión». La primera recesión se produjo en 1857, pero duró poco y ensiguiera se reanudó la expansión económica, que llegó hasta principios de la década de 1870. Entonces, en 1873, comenzó otra recesión que en este caso duró, en opinión de varios historiadores, hasta 1896: en esos veinte años, los precios en Gran Bretaña cayeron un cuarenta por ciento.

Hasta la década de 1870, la mayoría de los países industriales, siguiendo el ejemplo de Gran Bretaña, había favorecido el libre mercado internacional, pues todos se habían beneficiado de él de una manera u otra. Pero todo eso cambió con la depresión económica de 1873, tras la cual Alemania e Italia aumentaron sus aranceles para proteger su industria textil, países a los que siguieron en la década de 1890 Francia, Estados Unidos y, como ya hemos visto, Ru-

sia. Japón tenía prohibido por tratado aumentar sus aranceles. Como era de esperar, a consecuencia de los nuevos aranceles, las exportaciones británicas a Estados Unidos y a las regiones más industrializadas de Europa disminuyeron, desequilibrando gravemente la balanza de pagos en Gran Bretaña y alimentando en ese país las peticiones para que se instauraran aranceles proteccionistas. De haber ocurrido así, el mundo industrializado podría haber entrado en un período de fuerte contracción que lo habría llevado a algo parecido a los bloques comerciales exclusivos que surgieron en los años treinta tras la Gran Depresión, a los que siguieron los horrores de la segunda guerra mundial. El capitalismo global podría haber quedado estrangulado al poco de nacer.

No fue así gracias a que los enormes excedentes comerciales de Gran Bretaña con Asia, concretamente con India y China, que el comercio del opio había hecho posibles, impidieron que el sistema se estrellara. Gracias a esos enormes excedentes comerciales, Gran Bretaña pudo saldar sus deudas con Estados Unidos y Alemania y así mantener vivo allí, y en el resto de Europa, el desarrollo del capitalismo.¹¹ Sin duda alguna, el consumo de opio en China y el comercio británico con esta droga fue uno de los factores que mantuvieron en marcha la economía mundial capitalista durante la recesión de 1873-1896.

... Aunque el mundo industrializado no sufrió un desplome económico que lo llevara a constituir bloques comerciales exclusivos —y probablemente enfrentados militarmente—, la depresión aumentó la competencia y la tensión entre los países que a finales del siglo XIX se estaban industrializando. Como veremos más tarde en este capítulo, todo ello contribuyó a un «nuevo imperialismo» histórico: los países europeos y Estados Unidos compitieron para apoderarse de grandes regiones del mundo a fin de crear o acrecentar su imperio colonial.

Las consecuencias sociales de la industrialización

La revolución industrial transformó, y todavía transforma, las pautas de la vida. Al igual que trece mil años antes la revolución agrícola había transformado las relaciones entre los seres humanos y de éstos con su ambiente, la revolución industrial transformó todo. El modo de producción industrial cambió el trabajo, la familia, las ciudades, el tiempo, la cultura, los valores y muchos otros aspectos. Aunque la manera concreta en que se desarrollaron estos cambios varió de un lugar a otro, existían grandes semejanzas: en lugar de campos y granjas, se levantaron fábricas; en lugar de estaciones y festivales anuales que marcaban el paso del tiempo, llegó la preocupación por la hora y se multiplicaron los cronómetros; en lugar de familias muy numerosas, familias pequeñas de pocos miembros, y en lugar de estabilidad, cambio.

Fábricas y trabajo

En un primer momento, la industrialización creó una nueva clase trabajadora que se concentró sobre todo en las ciudades en crecimiento. De hecho, una medida que se suele utilizar para valorar la industrialización de un país es el porcentaje de población que vive en ciudades. En el caso de Inglaterra, el cincuenta por ciento vivía en ciudades en 1850; en Alemania, este nivel se alcanzó en 1900; en Estados Unidos, en 1920, y en Japón, en 1930. Para los nuevos trabajadores, especialmente para los procedentes de las granjas, las fábricas imponían un nuevo concepto de trabajo. Las máquinas dictaban el ritmo de trabajo, los supervisores regulaban las horas para comer y para las funciones fisiológicas y los propietarios mantenían los salarios tan bajos como les fuera posible para asegurarse beneficios más elevados.

Las fábricas no eran lugares acogedores y difícilmente cabe imaginar que nadie escogiera trabajar en ellas en lugar de hacerlo al aire libre en los campos. Pero, al menos en Inglaterra, ya habían su-

cedido cambios en la agricultura que habían expulsado a un gran número de campesinos fuera de la tierra *antes* de que se produjera la revolución industrial, de manera que en Londres, por tanto, vagaba mucha gente pobre o con empleos precarios dispuesta a trabajar en las fábricas aunque los salarios apenas cubrieran sus necesidades básicas.

A causa de las miserables condiciones de trabajo, una de las principales tareas de «gestión» en la empresa consistía en «disciplinar» a la plantilla para adaptarla a los nuevos ritmos de su lugar de trabajo y asegurarse de que volverían al día siguiente. La dirección de las fábricas se convirtió de este modo en una nueva ocupación que sentó las bases de la nueva «clase media». En los primeros tiempos, gran parte de la fuerza de trabajo británica, especialmente en la industria textil, pero también en las minas, estaba compuesta por mujeres y niños cuyo manejo era más fácil. Si bien eso cambió con el tiempo y hacia 1900 ya había más hombres que mujeres en la clausse trabajadora de Inglaterra, en Japón las mujeres jóvenes y las niñas constituían la base de la fuerza de trabajo textil y las familias rurales en apuros «contrataban» a sus hijas para que trabajaran en las fábricas textiles: el patriarca de la familia recibía un pago (en cuotas anuales) y las niñas recibían trabajo y la promesa de una vida en dormitorios seguros hasta que estuvieran preparadas para casarse.¹²

Mujeres y familias

La industrialización cambió la familia. En las sociedades agrarias, las familias campesinas eran las unidades de producción y consumo. La vida industrial urbana fue acabando progresivamente con la producción familiar y cambió los papeles y las relaciones entre hombres, mujeres y niños. Mientras que las mujeres y los niños al principio trabajaban en fábricas —dando lugar a los horrores descritos en las novelas de Charles Dickens, como *David Copperfield* y *Oliver Twist*—, más tarde la legislación que restringió el trabajo de mujeres y niños convirtió las fábricas en lugares de trabajo para los

hombres. El lugar de la mujer se redefinió en la casa, donde se ocupaba de las tareas domésticas, aunque podía aceptar trabajos de lavandería y otros semejantes para ayudar a llegar a fin de mes. Tras la prohibición de trabajar antes de los doce o trece años de edad, la tarea de los niños pasó a ser la de recibir una educación escolar elemental, de manera que fueron considerados no ya una fuente de ingresos sino un gasto, lo que contribuyó a reducir el número de hijos que las parejas casadas estaban dispuestas a tener, reduciendo el tamaño de las familias especialmente después de 1870.

Resistencia y revolución

Las fábricas eran campos de batalla de confrontaciones diarias, a veces leves y a veces graves, entre los trabajadores y los dueños o sus representantes. Aunque simple, no volver al trabajo era una forma de resistencia, pero equivalía a renunciar a la paga adeudada. También cabía reaccionar trabajando tan lentamente como fuera posible o sabotando la maquinaria para pararla, aunque sólo fuera un rato. Con el tiempo, los trabajadores descubrieron que con acciones colectivas podían conseguir mejores sueldos, mejores condiciones o la reducción de horas de trabajo, si bien sólo lo conseguían después de haber mantenido largas, amargas y a menudo sangrientas huelgas.¹³

No es de extrañar que los nuevos infiernos urbanos y las fábricas produjeran, aparte de bienes que inundaron los mercados mundiales, formas de resistencia organizada frente a las fábricas y al sistema capitalista. A quienes primero se opusieron les repugnaban las fábricas humeantes, los modos «no naturales» de trabajo y el impacto que tenía en la vida familiar, así que pedían formas más «naturales» de organizar el trabajo. El reto más riguroso y duradero al modo de producción capitalista nació de las ideas propuestas por Karl Marx y su estrecho colaborador Friedrich Engels.

Con la publicación de su *Manifiesto comunista* en 1848, Marx y Engels (cuyo padre era propietario de una fábrica textil) echaron el guante:

Un espectro ronda por Europa, el espectro del comunismo ... La historia de todas las clases sociales existentes hasta ahora es la historia de la lucha de clases ... Nuestra época ... muestra ... este rasgo distintivo: ha simplificado los antagonismos de clase. La sociedad en su conjunto se divide cada vez más en dos grandes campos hostiles, en dos grandes clases directamente enfrentadas: la *burguesía* [la clase capitalista] y el *proletariado* [la clase trabajadora] ... Lo que la burguesía ... produce es, sobre todo, a sus propios sepulcros. La caída y victoria del proletariado es igualmente inevitable.¹⁴

Y durante algunos meses de 1848 pareció que las predicciones de Marx fueran a cumplirse. En toda Europa occidental las revueltas de la clase trabajadora derribaron gobiernos en Francia, en los estados italianos, en el imperio Habsburgo y en Suiza, amenazaron el orden establecido en España y Dinamarca e hicieron que se tamalearan en Irlanda, Grecia y Gran Bretaña. Aunque las demandas políticas de los rebeldes se dirigían sobre todo a una ampliación de los derechos democráticos de los trabajadores, la acomodada clase media y especialmente la clase capitalista de propietarios de fábricas se sintieron amenazadas y apoyaron la represión de las revueltas. En cualquier caso, la creciente división de la sociedad en clases enfrentadas, o siquiera la amenaza de que eso pudiera ocurrir, planteaba un grave problema a los gobernantes de los estados europeos.

NACIONES Y NACIONALISMO

Los estados o aquello a lo que hoy solemos referirnos como «gobiernos» han adoptado un gran número de formas a lo largo de la historia. En este libro hemos hablado sobre todo de imperios agrarios y conquistadores, especialmente en Asia y Mesoamérica, y sobre las diversas monarquías y principados de Europa y sus transformaciones en estados centralizados bajo la presión de la guerra. El proceso de «construcción de estados» en Europa, que se ha co-

mentado en el capítulo 4, tuvo como resultado, como se recordará, estados con territorios bastante grandes que tenían tanto la población como la riqueza para soportar las presiones de la competencia entre estados. En este sentido, los estados más prósperos durante los siglos XVII y XVIII fueron los contruidos en Gran Bretaña y Francia.

En el siglo XIX, los estados sufrieron nuevos cambios, más semejantes en forma y función a los estados del siglo XX, y se vincularon a otra fuerza: la construcción de naciones, o nacionalismo, proceso que dio como resultado las actuales naciones-estado. A diferencia del concepto de estado moderno, la definición del concepto de nación es más esquivada, pues parece que siempre se encuentran excepciones. Pero comencemos por definir el estado moderno como un territorio (normalmente contiguo) a cuyos habitantes el gobierno administra por medio de burócratas asalariados, y no mediante intermediarios o representantes como por ejemplo aristócratas con su propia base de poder, a fin de hacer cumplir disposiciones administrativas e institucionales uniformes y escuchar a sus súbditos o ciudadanos generalmente a través de representantes (electos o no).¹⁵ Especialmente importantes en la génesis del estado moderno fueron la Revolución francesa de 1789 y la difusión a otras partes de Europa de algunas de sus ideas, en concreto el derecho de las personas a ser «ciudadanos» políticamente activos en lugar de simples «súbditos» de su soberano, la necesidad de códigos administrativos universales y el contacto directo entre estado y ciudadanos; ideas que se extendieron gracias a la política expansionista de Napoleón a principios del siglo XIX (el Código napoleónico).

La idea de «nación» y «nacionalismo», por otro lado, surgió sólo después del nacimiento de los estados modernos y la sociedad industrial.¹⁶ Los estados se enfrentaban al dilema, especialmente agudo después de que la Revolución francesa cuestionase todas las fuentes tradicionales de legitimación del estado (orden divino, sucesión dinástica o derecho histórico) y la garantía de lealtad al esta-

do y el sistema de gobierno. Esta cuestión se tornó crítica cuando la industrialización creó nuevas clases sociales, la clase capitalista y la clase trabajadora urbana, cuyas revueltas a principios del siglo XIX culminaron en las revoluciones de 1848. Ante los gobernantes de los estados europeos del siglo XIX se estaban abriendo grandes cisuras entre sus pueblos y entre el pueblo y el estado que hacían peligrar la propia existencia de los estados.

Además, la industrialización creó nuevas formas de comunicación, sobre todo el ferrocarril y el telégrafo, que a su vez dieron origen a necesidades económicas y emocionales entre las personas que parecían compartir vínculos comunes de lenguaje y cultura pero no poseían un estado unificado, caso de los diversos estados alemanes e italianos. Así surgió la idea de que una «nación», es decir, un «pueblo» que comparte un lenguaje y una cultura comunes, debe tener un estado propio y unificado. Este tipo de nacionalismo alimentó en la Europa de 1830 a 1880 muchos movimientos de construcción de estados sobre la base de una «nación» y de «frentes nacionales». El ejemplo más claro nos lo ofrece el nacionalista italiano Mazzini y su reclamación: «A cada nación un estado y sólo un estado para toda la nación».

Esta idea también llegó a los gobernantes de los estados que, presionados por los levantamientos revolucionarios desde las bases, vieron en ella una forma de asegurar la lealtad de «su pueblo». El problema al que se enfrentaban estos gobernantes, sin embargo, era doble: primero, cómo conseguir que su pueblo se identificara con una «nación» y, después, cómo vincular esa identidad al estado. Para ello resultaba especialmente útil la educación pública (al principio sólo primaria pero, a medida que avanzaba el siglo XX, también secundaria), como también lo eran los historiadores, quienes podían construir evocadoras «historias nacionales».¹⁷

Sin embargo, algunos estados territoriales habían sido contruidos con más de una «nación» en su interior. Gran Bretaña se formó con la unión de Escocia e Inglaterra, pero también incluía a galeses

e irlandeses. El imperio ruso fue expandiéndose durante los siglos XVIII y XIX hasta el punto de llegar a conocerse como «la prisión de las nacionalidades». Los Balcanes eran un lugar especialmente espinoso para el imperio otomano, pues contaba con eslavos, serbios, croatas, bosnios, albaneses y macedonios bajo un gobierno turco. Una solución posible a este problema de las múltiples identidades o naciones dentro de un mismo estado era el aportado por Francia y Estados Unidos, países que en lugar de definir el «pueblo» en términos étnicos, religiosos o lingüísticos, lo definieron en términos políticos: «Son estadounidenses quienes deseen ser [estadounidenses]» y «La nacionalidad francesa es la ciudadanía francesa: la etnia, la historia, la lengua o dialecto hablado en cada casa, son irrelevantes para la definición de “la nación”».¹⁸

Esta forma de nacionalismo multiétnico, multilingüístico y multirreligioso como «opción política deliberada» menguó en el siglo XIX, sobre todo después de las décadas de 1870 y 1880. De un lado, tanto a los estados europeos como a Estados Unidos les resultó más conveniente inventar tradiciones e inculcarlas a sus poblaciones, creando así un nacionalismo imaginado pero no por ello menos real. De otro lado, los pueblos que se consideraban a sí mismos «naciones» sin estado, como los sionistas, los irlandeses y los serbios, comenzaron a luchar por sus propios estados. En suma, el nacionalismo de tipo exclusivo, étnico y cultural, el nacionalismo que reivindicaba la grandeza de su pueblo comenzó a dar forma a Europa en la segunda mitad del siglo XIX, contribuyendo a la manera en que los europeos se relacionaban con el resto del mundo, a las presiones que condujeron a la primera guerra mundial a principios del siglo XX y a la moderna nación-estado, con todas sus contradicciones, ambigüedades y poder sobre las personas.

El nacionalismo, la competencia económica entre estados europeos, las tensiones sociales internas que nacían de la industrialización, además de consideraciones estratégicas, provocaron varias guerras entre estados europeos durante el siglo XIX y guerras de ex-

pansión imperialista contra asiáticos y africanos durante los últimos treinta años del siglo. La mayor de las guerras entre estados europeos fue la guerra de Crimea de 1854-1856, que enfrentó a Rusia contra una alianza de Gran Bretaña, Francia y Turquía, cuyo resultado fue la muerte de más de seiscientos mil soldados de ambos bandos. La derrota de Rusia contribuyó a su decisión de eliminar la servidumbre e industrializarse. La guerra de Secesión de Estados Unidos (1860-1865) acabó con la vida de otros cientos de miles de hombres. Por último, las unificaciones nacionalistas de Italia y Alemania animaron otras cuatro guerras europeas que culminaron en la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Así pues, el nacionalismo formaba parte de las tensiones existentes entre los estados europeos, ayudaba a reclutar a jóvenes para sus ejércitos y contribuía además al desarrollo de ideas racistas sobre la superioridad de los europeos y la inferioridad de otros, sobre todo africanos y asiáticos.

LA LUCHA POR ÁFRICA Y CHINA

Después de la guerra franco-prusiana, los europeos casi dejaron de librar guerras entre sí —al menos hasta que estalló la primera guerra mundial en 1914— y dirigieron su poder militar contra China, el sudeste asiático, Oriente Medio y África.¹⁹ La competencia entre potencias europeas se desplazó, pues, hacia lo que hoy llamamos Tercer Mundo, contribuyendo así a un declive que lo condujo a su situación actual.

África

Durante siglos, a los europeos les había resultado casi imposible penetrar en África: diversas enfermedades endémicas de las regiones tropicales del continente, sobre todo la malaria, limitaban las ac-

tividades de los europeos que participaban en la trata de esclavos a algunos enclaves costeros libres de la enfermedad. En el siglo XIX, los barcos de vapor permitían acceder al interior de África a través de varios ríos, pero la malaria todavía mataba a la mayoría de los exploradores. Aunque la causa de la malaria y el medio de transmisión a través del mosquito no se descubrió hasta 1880 y 1897 respectivamente, un proceso de ensayo y error llevó a descubrir a mediados del siglo XIX que la corteza de la quina, un árbol sudamericano, contenía un sustancia, la quinina, que prevenía el contagio de la malaria. Los militares británicos plantaron con éxito semillas de quina en India y hacia la década de 1870 habían logrado aumentar enormemente el suministro de quinina para sus tropas. La subsiguiente «lucha por África» entre los europeos debió de comenzar en la década de 1870, impulsada por la inseguridad de los franceses tras haber sido derrotados por los alemanes en 1871, por un extraño y secreto plan del rey Leopoldo II de Bélgica²⁰ y por la determinación británica de proteger sus intereses coloniales en India, pero todas estas zonas no habrían sido relevantes si no se hubiera descubierto que la quinina prevenía la malaria, si no se hubieran perfeccionado barcos de vapor capaces de remontar ríos o si con las nuevas tecnologías de armamento no se hubiera podido matar más y mejor. Las nuevas tecnologías fueron decisivas.

En capítulos anteriores hemos hablado de algunas mejoras tecnológicas del armamento, que se mantuvo bastante estable desde principios del siglo XVI hasta principios del siglo XIX y cuyo protagonista era el mosquito, que se cargaba por la boca del cañón. Volver a cargarlo requería varios minutos, echaba grandes humaredas cuando disparaba y era poco preciso incluso a pocos cientos de metros de distancia. Las tácticas militares tenían en cuenta todas estas deficiencias, pero obviamente disponer de armas de fuego más precisas, de más alcance y que no mostrasen la posición desde donde se había disparado supondría una gran mejora.

Esas mejoras se produjeron con rapidez después de 1850: pri-

mero se grabaron estrías (en inglés, *rifle*) en el alma del fusil para mejorar la precisión del tiro; más tarde se fabricaron cartuchos, primero de papel y después de cobre, que prendían con pólvora, explosivo que no humeaba al disparar, y que se insertaban en una recámara, y finalmente se idearon mecanismos para efectuar disparos de repetición. La guerra de Secesión de Estados Unidos y la carrera armamentista europea entre las décadas de 1860 y 1870 revolucionaron las armas de fuego y aumentaron enormemente la capacidad de los soldados europeos de matar con rapidez, a una distancia de hasta dos mil metros y bajo cualquier condición meteorológica. El no va más de la perfección se alcanzó en la década de 1880 con la invención de una ametralladora fiable a la que se dio el nombre de su inventor, Hiram Maxim.

Así pues, hacia la década de 1870, los europeos disponían de los «instrumentos del imperio» con los que enfrentarse a los africanos en su propia tierra y derrotarlos. Los africanos resistieron con tenacidad y coraje, pero su tecnología no podía competir con la Maxim. El caso más tristemente célebre y quizá con mayores bajas se produjo en la batalla de Omdurmán en 1898, cuando las tropas británicas se enfrentaron a cuarenta mil hombres del ejército de rebeldes mahdistas sudaneses. Tal como lo describió Winston Churchill, el futuro primer ministro británico, el ataque rebelde fue pronto rechazado por ametralladoras Maxim montadas sobre la cubierta de cañoneras en el río: «Los derviches que cargaban se hundían en marañas confusas. Las masas de la retaguardia se paraban sin saber qué hacer. Era demasiado peligroso, incluso para ellos». En la ribera, «la infantería [británica] disparaba sin parar y sin perturbarse, sin prisa ni agitación, pues el enemigo estaba lejos y los oficiales eran prudentes». A los sudaneses «del otro lado, las balas les atravesaban la carne, les rompían y astillaban los huesos; la sangre les salía a borbotones de las terribles heridas; hombres valientes seguían luchando en un infierno de hierro silbante, explosiones de obuses y estallidos de polvo: sufrimiento, desesperación y muerte».

Tras cinco horas de fuego, los ingleses habían perdido veinte soldados y habían muerto diez mil sudaneses.²¹ Como decía el refrán:

Pase lo que pase,
nosotros tendremos la Maxim y ellos, no.²²

Con tanta ventaja tecnológica, en 1900 la mayor parte de África ya estaba repartida entre un puñado de potencias europeas, concretamente entre Gran Bretaña, Francia, Alemania y Bélgica, mientras Portugal se aferraba a su colonia de Angola, tomada en el siglo xvii. Sólo Etiopía, bajo el extraordinario liderazgo del rey Menelik, derrotó al estado más débil de Europa, Italia, y mantuvo su independencia.²³ (Véase el mapa 5.1.)

China

Si lo que alimentó los sueños imperialistas en África fue el sueño de grandes yacimientos de materias primas, el acceso al mercado chino animó los sueños imperialistas en China. Los industriales del algodón británicos soñaban que «si pudiéramos añadir ni que fuera una pulgada a la camisa de cada chino, mantendríamos las fábricas de Manchester en marcha para siempre». Aunque el mercado de «cuatrocientos millones de clientes» siempre consiguió eludir a los europeos, insistieron en su búsqueda de una China «abierta» durante todo el siglo xix, culminando en la «lucha por las concesiones» a finales de siglo.

Después de la guerra del opio (1839-1842), China quedó desgraciada por una brutal guerra civil, la rebelión Taiping (1850-1865). Alimentada por campesinos empobrecidos y trabajadores desplazados y dirigida por un hombre que creía ser el hermano menor de Jesucristo con la misión de instaurar el Reino Celestial en la Tierra, los taipings estuvieron a punto de barrer del escenario de la historia

a los gobernantes manchúes del imperio chino. Con una combinación de proclamas a favor de un nuevo orden social más justo que descansara en la reforma agraria, la igualdad universal (entre pueblos, clases sociales y sexos) y la expulsión de los gobernantes manchúes, los taipings avanzaron desde el sur hasta tomar la capital meridional, Nanjing, a orillas del Yangtzé. De no haber sido por las disputas, los comportamientos extraños y las malas decisiones estratégicas tomadas por los líderes del movimiento taiping, la historia moderna de China podría haber sido muy distinta. Pero los terratenientes conservadores crearon su propio ejército, derrotaron a los taipings y salvaron el régimen manchú.

Debilitados por la guerra civil —se calcula que murieron veinte millones de personas—, renqueantes por culpa de los tratados impuestos por los británicos tras los dos guerras del opio y comprometidos con la restauración del antiguo régimen agrario para satisfacer las demandas de los terratenientes que salvaron la dinastía, los manchúes pusieron en marcha un programa de limitada modernización militar denominado «autofortalecimiento» para protegerse de agresiones extranjeras. Aunque China logró levantar con algún éxito un ejército aparentemente moderno, seguía estando sujeta a una constante presión exterior, no sólo británica, sino también rusa, francesa, alemana y, a medida que se fue industrializando, japonesa. Estos dos últimos fueron los responsables de encender la chispa de la «lucha por las concesiones» que condujo al reparto de China entre «las potencias» en 1900.

Pese a haberse industrializado tarde, Japón también albergaba sueños imperialistas de expansión y dirigió su atención a Corea y a la isla de Taiwan. Aunque China consideraba Corea parte de su sistema tributario y, por tanto, subordinada a ella, Corea tenía su propia política. Cuando las tensiones internas se avivaron y se sucedieron varias insurrecciones en las décadas de 1880 y 1890, los japoneses aprovecharon la oportunidad para apoyar el bando que se oponía a los chinos. En 1894, cuando China intervino, ajustándose al derecho que

creía ostentar, estalló la guerra entre China y Japón. Para sorpresa de la mayoría de los observadores, Japón derrotó con bastante facilidad a los chinos en una importante batalla naval que puso fin a la guerra.

Decidido a aprovechar su ventaja sobre un oponente debilitado y desmoralizado, Japón arrancó a los chinos numerosas concesiones, entre ellas una sustanciosa indemnización de trecientos millones de dólares, la isla de Taiwan y la península de Liaodong en Manchuria, la «independencia» de Corea —así Japón pudo ejercer en ella su propia influencia— y el derecho de los ciudadanos japoneses a abrir fábricas y explotar sus propias minas en China. Rusia, que se oponía a los intereses de Japón en Manchuria, pues allí tenía sus propios intereses por su expansión hacia Siberia, convenció a alemanes y franceses para que juntos obligaran a Japón a devolver Manchuria a la soberanía china.

Tras conseguirlo y humillar así a Japón, los regentes chinos se lo agradecieron a los rusos otorgándoles concesiones para desarrollar un ferrocarril en Manchuria. Los alemanes, que deseaban un puerto naval en China para igualarse a los británicos, los franceses y los rusos, pidieron a China una base como recompensa por haber contribuido a rechazar a los japoneses, pero se la negaron, si bien más tarde, en 1898, excusándose en el asesinato de dos misionarios alemanes en China, Alemania tomó un puerto en la península de Shandong y forzó a China a cedérselo en régimen de concesión durante noventa y nueve años. Esa mala jugada alemana desencadenó la «lucha por las concesiones»: el resto de potencias arrancaron concesiones por noventa y nueve años al gobierno chino, «rebanando China como un melón», según una expresión de aquella época. Hacia 1900 parecía que China también iba a ser dividida en tantas posesiones coloniales como África.

Sin embargo, Gran Bretaña necesitaba «comercio abierto» en China para mantener en marcha su imperio global. Por fortuna para los británicos, después de vencer en la guerra de 1898 contra España, Estados Unidos ya tenía presencia colonial en Filipinas, así que no re-

sultó difícil de convencer de que portara la antorcha del «comercio abierto» para todas las potencias en China. Estados Unidos articuló entonces la llamada «política de puertas abiertas» (1900) que, por varias razones y de manera bastante sorprendente, fue aceptada por las otras potencias, y cuyo objetivo era impedir la colonización de China y mantenerla abierta a fin de que pudieran explotarla en igualdad de condiciones todas las potencias, entre ellas Japón y Estados Unidos.

LAS HAMBRUNAS PROVOCADAS POR EL NIÑO Y LA FORMACIÓN DEL TERCER MUNDO

Aunque la industrialización, las mejoras en la tecnología militar, las maniobras estratégicas entre «las potencias» y la recesión económica que comenzó en la década de 1870 explican en buena parte el dominio de europeos, estadounidenses y japoneses sobre africanos, asiáticos y latinoamericanos, la formación del Tercer Mundo y de la brecha entre las partes industrializadas y no industrializadas del mundo también tuvo una dimensión ecológica.

Si en China fue el propio éxito de la economía durante el antiguo régimen biológico lo que comenzó a presionar las reservas forestales hacia 1800, provocando una grave deforestación a mediados del siglo XIX, en otras partes de Asia y de América Latina la deforestación se debió a otros procesos. En India, los bosques de la península se talaron mucho antes de que la población comenzase a crecer a mediados del siglo XIX. Los príncipes indios enfrentados talaban los bosques para impedir que se ocultaran en ellos sus enemigos, una política de «guerra ecológica» que los británicos adoptaron con gusto durante la colonización. Además, los campesinos desplazados también talaban bosques para roturar la tierra y, en las regiones más septentrionales, se comerciaba con madera. Todo ello contribuyó a que India quedara extensamente deforestada a finales del siglo XIX.²⁴

En América Latina, otros procesos condujeron a una deforestación masiva. Allí fueron las potencias coloniales las que talaron los bosques, decididas a extraer materias primas y a transformar sus tierras en plantaciones de azúcar o café. En Brasil, los grandes bosques de la costa atlántica desaparecieron primero para abrir paso a plantaciones de azúcar y, más tarde, a principios del siglo XIX, los propietarios brasileños decidieron transformarlas en cafetales. En principio, el arbolillo del café (que no era autóctono, sino que procedía de Etiopía) podía plantarse y replantarse en la misma parcela siempre que se mantuviera fértil el suelo, pero los terratenientes preferían agotarlo y, cada treinta años, más o menos, talaban otra parcela de bosque virgen. «De este modo, el café fue avanzando por las tierras altas, generación tras generación, dejando a su paso nada más que colinas desnudas.»²⁵ En las islas caribeñas, los colonos franceses y británicos del siglo XVIII convirtieron tantos bosques en plantaciones de azúcar que incluso los observadores de la época advertían con preocupación que el clima de las islas estaba cambiando, haciéndose más seco con cada parcela de bosque talado.²⁶

Todo ello llevó a que hacia el último cuarto del siglo XIX, grandes áreas de Asia y América Latina experimentarían daños ambientales importantes provocados por la deforestación y el agotamiento de la fertilidad del suelo.²⁷ Al tratarse de sociedades agrícolas, estos cambios supusieron una presión adicional sobre el antiguo régimen biológico, de manera que fueron más susceptibles a los extremos climáticos y a sufrir grandes hambrunas.

Generalmente las malas cosechas tenían alcance local, pero a finales del siglo XIX, un fenómeno climático que hoy conocemos como El Niño (o, en su denominación más científica, oscilación meridional de El Niño) se intensificó hasta alcanzar una magnitud desconocida en quinientos años que afectó a amplias zonas del planeta. Mientras que El Niño trae lluvias excesivas al cinturón de trigo de América del Norte y no afecta a Europa, en grandes regiones de Asia, regiones del norte y oeste de África y del noreste de Brasil pro-

voca sequías y, en Argentina, inundaciones. En tres ocasiones (1876-1879, 1889-1891 y 1896-1902), las sequías provocadas por El Niño afectaron profundamente al futuro Tercer Mundo. El particular modo en que El Niño afecta a Asia, África, América Latina y América del Norte, unido a una economía global concebida para beneficiar a las zonas industrializadas de Europa y América del Norte y a la agresión del «nuevo imperialismo» contra asiáticos y africanos se combinaron en una coyuntura histórica de proporciones mundiales que llevó el hambre y la muerte a millones de personas.

Se estima que en conjunto murieron de treinta a cincuenta millones de personas como consecuencia de las terribles hambrunas que asolaron Asia y zonas de África y América Latina, pero estas muertes no tuvieron su origen simplemente en los efectos naturales de El Niño, por fuertes que éstos fueran a finales del siglo XIX. Como bien describe el historiador Mike Davis en una obra reciente, estas tremendas hambrunas de alcance global se produjeron por la conjunción de El Niño y la nueva economía mundial dominada por Europa, cuyo resultado fue el empobrecimiento de vastas regiones del mundo y la conversión de gran parte de Asia, África y América Latina en «Tercer Mundo». En Asia, los gobiernos no fueron capaces o no estuvieron dispuestos a actuar para aliviar los desastres. Los gobernantes coloniales británicos de India tenían más interés en garantizar el «libre mercado» y los réditos de la colonia que en impedir el hambre y la muerte por inanición o enfermedad. La gente moría mientras los ferrocarriles se cargaban de trigo destinado a ser consumido en Gran Bretaña, y las autoridades coloniales rechazaban las ayudas contra el hambre por considerar que debilitaban el «carácter» y promovían la pereza y la desidia. En China, el gobierno manchú, tras redirigir sus recursos y su atención de las zonas de interior a las costeras, donde la presión extranjera era mayor, no disponía ni de la capacidad ni de los recursos para llevar cereales a la aislada provincia de Shanxi, donde la sequía y el hambre eran más graves. De igual modo, en Angola, Egipto, Argelia, Corea, Vietnam, Etio-

pía, Sudán y Brasil, las sequías provocadas por El Niño contribuyeron a las hambrunas que debilitaron a esas sociedades y a sus gobiernos, lo que invitó a que llegaran nuevas oleadas de expansión y consolidación imperialista.²⁸ La brecha abierta entre el mundo industrializado y el futuro Tercer Mundo ya había cristalizado.

Aunque pueda parecer un accidente histórico que El Niño de finales del siglo XIX golpeará con fuerza a asiáticos, africanos y latinoamericanos mientras mejoraba las cosechas en el Medio Oeste de Estados Unidos y pasaba de largo en Europa, la verdad es que su impacto socioeconómico fue el resultado de los procesos históricos que se han discutido en este capítulo y el anterior. Todos ellos afectaron de forma adversa a regiones cuyos estados eran débiles —y normalmente debilitados por la agresión imperialista—, que se mostraban incapaces de industrializar o proporcionar ayuda a su población para paliar la hambruna, o cuyos gobiernos coloniales —concretamente el británico en India— siguieron políticas que obtuvieron los mismos resultados. En cualquier caso, a principios del siglo XX grandes partes del mundo y de sus pueblos estaban condenadas a defenderse lo mejor que podían de los peores efectos del antiguo régimen biológico. No debe sorprender entonces que la esperanza de vida y las oportunidades de sus habitantes fuesen muy inferiores a las de quienes vivían en las partes industrializadas del mundo. «La brecha» era, y sigue siendo, una cuestión de vida o muerte.

EL DARWINISMO SOCIAL Y EL EUROCENTRISMO PAGADO DE SÍ MISMO

Hacia 1900, los europeos y sus descendientes norteamericanos controlaban, de forma directa o indirecta, la mayor parte del mundo y no sólo eran conscientes de ello sino que concretamente los británicos lo celebraron en todo su imperio con ocasión del quincuagésimo

mo y sexagésimo aniversario del reinado de la reina Victoria en 1887 y 1897, justo cuando asolaban las hambrunas de finales del siglo XIX que acabamos de comentar. Con los avances de la ciencia desde mediados del siglo XIX, la facilidad con que las ametralladoras Maxim mataban sudaneses y las muertes por hambrunas de millones de asiáticos, algunos europeos creían tener una explicación científica para el ascenso de Occidente y el «retraso» de asiáticos, africanos y latinoamericanos: el determinismo social y la eugenesia o racismo científico.

En su famosa obra de 1859, *El origen de las especies*, Charles Darwin había argumentado que por selección natural unas especies evolucionan, aparecen otras nuevas y sólo sobreviven las más aptas. Darwin extendió sus argumentos a los seres humanos, cuyos orígenes buscó en las familias de los simios. Más tarde, a finales del siglo XIX, las ideas de Darwin sobre la evolución vegetal y animal se aplicaron a las sociedades. El darwinismo «social» pretendía explicar por qué algunos pueblos eran ricos y otros pobres (virtud contra desidia) y por qué algunas sociedades eran «avanzadas» y otras «retrasadas». ²⁹ Ante la evidencia de africanos que parecían caerse muertos a la vista de los europeos, de indios (de India y de América del Norte) y chinos que morían a millones de enfermedades durante las hambrunas de El Niño, la idea de que la evolución podía aplicarse a la sociedad y a las relaciones entre distintas razas ganó crédito entre muchos europeos y estadounidenses. Según Herbert Spencer, el más destacado defensor del darwinismo social, la selección natural podía explicar igual a los millonarios que a los europeos, sobre todo los blancos del norte:

La pobreza de los incapaces, las aflicciones que embargan a los imprudentes, la inanición de los holgazanes y esos empujones con que los fuertes desplazan a los débiles que dejan a tantos en la penuria y la miseria, se ajustan a los decretos de una benevolencia más alta y clarividente.³⁰

Para los darwinistas sociales, los pobres, los asiáticos, los africanos y los indígenas americanos merecían sus tristes destinos: era «lo natural». En un mundo en el que se hacían dolorosamente evidentes las brechas que se abrían entre ricos y pobres en las sociedades europeas y norteamericanas y entre las regiones más ricas y las más pobres del mundo, el darwinismo social era una ideología reconfortante para quienes disfrutaban de estar en la cima del mundo.

En América Latina, sobre todo en México y en Brasil, países gobernados por descendientes europeos de raza blanca, resultó atractivo extender la idea del darwinismo social de una determinada manera: la eugenesia, que en su origen era la propagación selectiva de plantas y animales para producir las mejores razas, se aplicó a la creencia de que las condiciones de los seres humanos podían mejorarse *únicamente* por medio de la manipulación genética, incrementando los rasgos valiosos asociados con los pobres y los de raza no blanca. Así, para «mejorar» sus poblaciones, los gobiernos de México y Brasil se embarcaron en programas que incentivaban la migración de europeos de raza blanca a sus países, con la intención de «aclarar» el color de sus poblaciones como quien añade un poco de leche al café. En Europa y en Estados Unidos, la eugenesia contribuyó a fijar ideas racistas sobre la superioridad natural de los blancos y la inferioridad de los europeos del sur y del este y, naturalmente, de los asiáticos, los africanos y los indígenas americanos. Y, por supuesto, en el siglo XX este tipo de pseudociencia se convirtió en genocidio en las manos del dirigente nazi Adolf Hitler.

CONCLUSIÓN

Y así cerramos el círculo, con la elaboración a principios del siglo XX de explicaciones del ascenso de Occidente que hoy nos parecen estúpidas y peligrosas pero que entonces muchos habitantes de

las zonas más ricas y poderosas del mundo aceptaban como «la verdad». Por supuesto, hoy podemos ver que esas ideas (discutidas con mayor detalle en la introducción) son más ideología que verdad histórica. Y es que el ascenso de Occidente es más el relato de cómo algunos estados y pueblos se beneficiaron de eventos históricos contingentes y de la geografía para, en momentos clave de la historia (las coyunturas históricas), dominar a otros y acumular riqueza y poder. Ésa es toda su miseria y, si asumimos la naturaleza contingente de la riqueza, el poder y el privilegio de Occidente, quienes se han beneficiado de ello deberían aceptar con humildad las verdaderas fuentes de su fortuna y quienes no se han beneficiado deberían hallar consuelo en la idea de que otras contingencias podrán favorecerlos en el futuro. Europa no ha sido siempre dominante, ni siquiera está destinada a serlo, por mucho que las ideologías eurocéntricas del último siglo hayan propugnado ese mito.³¹

Capítulo 6

LA GRAN DESVIACIÓN

INTRODUCCIÓN AL SIGLO XX

Hacia 1900 ya se habían configurado los principales elementos del mundo moderno. Las naciones-estado se habían convertido en el tipo de organización de mayor éxito para controlar un territorio casi toda Europa y América lo había adoptado. Algunas de esas naciones-estado se habían industrializado (especialmente Europa occidental, Estados Unidos y Japón) y habían llegado a dominar un nuevo poder industrial con fines económicos y militares imperialistas, colonizando la mayor parte de África y buena parte de Asia. Los europeos, los estadounidenses y los japoneses habían desarrollado ideas racistas sobre su superioridad —los blancos en su misión «civilizadora» cristiana unida al darwinismo social, los japoneses en su presunto carácter único en Asia— que contribuyeron a sus programas de colonización y a la creencia de que el orden mundial era como debía ser: ellos debían estar en la cima.¹

Pero el siglo XX trajo consigo cambios importantes. Aunque todavía vivimos en un mundo de naciones-estado, industria y una creciente brecha entre las zonas más ricas y las más pobres del mundo a principios del siglo XXI el mundo se diferencia de una manera fur

